

LAS TERRAZAS EN LAS VIVIENDAS

Por Emilio Pereda, Arquitecto

Recuerdo haber leído hace tiempo, en una publicación francesa, cómo los habitantes de la *Cote d'Azur* estaban asombrados de las excentricidades de un inglés que vivía largas temporadas disfrutando de aquella luz, de aquel clima y de aquellos maravillosos paisajes. Pero su asombro, allá por el año 1...8... (y el no recordar esta fecha relativamente próxima quita un gran interés a este artículo), rayó de punto en el momento en que, coincidiendo con el máximo rigor estival, le vieron aligerado de ropa (cuanto la medida de las costumbres de aquel tiempo permitía) adentrarse decidido en las rizadas aguas de la playa. Semejante práctica era desconocida en el mundo de entonces, aun en aquellas regiones más habitadas, por su activo turismo, a toda clase de costumbres y razas; parece ser que los primeros bañistas pasaban situaciones embarazosas para poder chapuzarse alegre y libremente en el mar.

Desde entonces, las cosas han cambiado mucho. Hoy día, en Long Island, por ejemplo (y lo mismo pudiera decirse de cualquiera otra playa concurrida), a la misma hora de algún día del mes de agosto, en que se bañaba aquel «Mister» precursor, es difícil también bañarse, precisamente por todo lo contrario, es decir, por un exceso de concursantes.

De las instalaciones de cuartos de baño en las viviendas podría hacerse una historia parecida: no hace muchos años esto era una cosa de potentados; según cuenta la Condesa de Boigne en sus Memorias, en 1820 no había en París diez cuartos de baño en casas particulares; hoy se disponen aún en aquellas viviendas en que, por razones de economía, se suprime toda clase de lujo y se escatima el espacio en nombre del presupuesto.

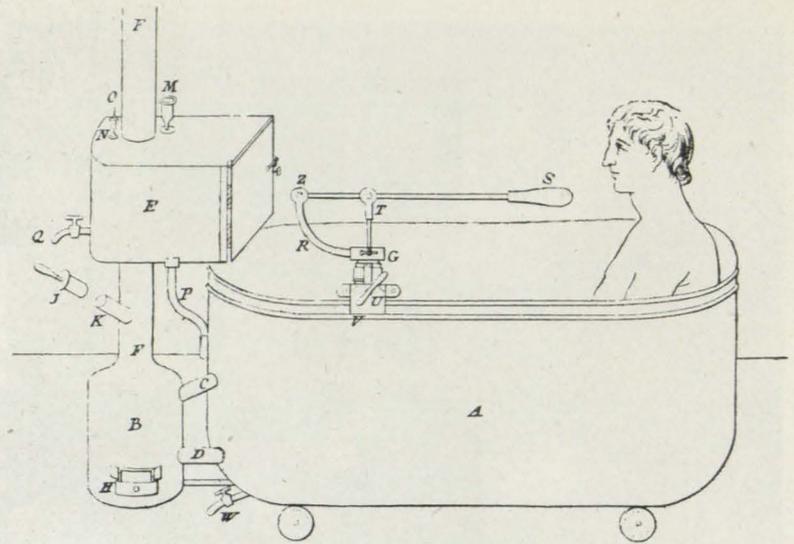
Y no es que antiguamente no se practicasen estas normas higiénicas, sino que... habían caído en desuso.

Yo creo que los humanos son poco aficionados a estas estéticas, porque no les apetece ridiculizarse a sí mismos.

Pero el hombre de la ciudad, cuanto más civilizado y ocupado en trabajos sedentarios, tanto más necesitado está, al propio tiempo que del aseo personal, del ejercicio físico y de la acción beneficiosa de la luz solar y del aire libre sobre su organismo. Parece que, después de tanto olvido, volvemos de nuevo a los tiempos antiguos, en que los filósofos, los poetas y los músicos eran a la vez excelentes gimnastas.

Sin embargo, esta corriente llega lentamente; la estupefacción que provocó el doctor Tronchín cuando abrió las ventanas de la cámara donde se hallaba enferma una hija de Luis XV, es análoga a la que aun producen nuestros Sanatorios, en los que duermen los enfermos con los balcones abiertos al aire frío del invierno.

Ahora la Arquitectura, que refleja como un espejo las imágenes de la vida social de cada tiempo, expresa en nuestros días cada vez con mayor profusión, por medio de terra-



Un baño en el siglo XIX

zas abiertas en sus fachadas, este anhelo actual de sol, aire libre y ejercicio físico.

El arquitecto moderno atiende con diligencia esta imposición de los nuevos tiempos, a veces no manifestada concretamente en el programa del edificio, porque él, como adelantado de la cultura y consciente de su alta misión, debe también influir con las creaciones de su Arte en las costumbres de la sociedad. Por otra parte, las modernas estructuras facilitan su labor para la disposición de espacios diáfanos abiertos al sol y al aire libre, que completen las finalidades higiénicas de los locales e instalaciones de hidroterapia.

Los modernos descubrimientos de la medicina preventiva dan tanta importancia higiénica a la luz difusa del día como a la directa de los rayos solares sobre el cuerpo desnudo, lo cual favorece la construcción de solariums, incluso en las fachadas orientadas al Norte. Es más: los baños de aire son recomendados sobre la piel, que, por lo visto, también respira, y siento no recordar un magnífico libro francés, cuyo autor, un médico famoso, se ocupaba, encomiándolos vivamente, de estos «baños de aire».

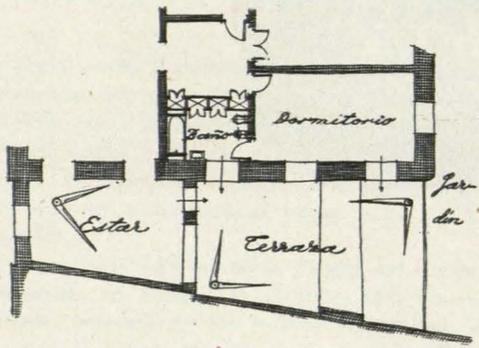
En lo sucesivo veremos cómo se sigue reduciendo la vivienda humana en su programa y en sus dimensiones, pero nunca a costa del cuarto de baño ni del gimnasio al aire libre.

Pero así como hubo un inglés (según malas lenguas un poco excéntrico), que por su cuenta y riesgo se chapuzaba en aquellos tiempos en las solitarias aguas del Midi, ¿quién es el valiente que en estos días y en estas terrazas se decide, con atuendo adecuado, a encaramarse por la escala marina y a saltar cuantos obstáculos le apetezcan?

Ha de venir la corriente, a buen seguro, y de nuevo de Inglaterra, de Francia o de Estados Unidos, con su marchamo de excelencia, como vino el fútbol y el tenis a sustituir nuestros juegos tradicionales; el español que es capaz de vencer o morir en situaciones graves de la vida, nunca ha intentado dominar su propio concepto del ridículo.

Entonces veremos nuestros balcones colgados con verdaderos racimos humanos, y en ellos será difícil hacer un pequeño hueco a la abuelita, para que ella realice también sus modestos ejercicios.

Mientras esto llega presentamos las fotos de una terraza-gimnasio, no expuesta excesivamente a la curiosidad de los vecinos y de los transeúntes.



Planta y tres vistas de terraza-gimnasio en Madrid.

